

# Diversidad poblacional y oficios en las misiones jesuitas de la Antigua California (1697-1768): una primera aproximación<sup>1</sup>

Leonardo B. Varela Cabral\*

Recibido: 6 de enero de 2024.  
Aceptado: 22 de marzo de 2024.

## Resumen

Entre 1697 y 1768, la Compañía de Jesús estableció una red de misiones en la Antigua California. En tales misiones y su entorno, europeos, novohispanos, nativos californios, indígenas de otras regiones del virreinato, mulatos y filipinos componían su población. La diversidad poblacional, vinculada con el desempeño de distintas actividades y oficios, constituye un panorama de interacciones culturales que hay que explorar y cuya huella en el establecimiento del régimen misional resulta importante conocer para entender mejor la historia del noroeste novohispano.

**Palabras clave:** California, misiones, jesuitas, población, diversidad.

## Abstract

From 1697 to 1768, the Society of Jesus established a network of missions in Antigua California. In such missions and its surroundings, the population was made up of Europeans, New Spain, native Californians, indigenous people from other regions of the viceroyalty, mulattoes and Filipinos. This population diversity, linked to the performance of different activities and trades, constitutes a panorama of cultural circulations and interactions to be explored, whose impact on the establishing of the missionary regime is important to know for a better understanding of the history of the northwest of New Spain.

**Keywords:** California, missions, Jesuits, population, diversity.

<sup>1</sup> Este texto fue elaborado con la colaboración y asesoría de la Dra. Elena Díaz Miranda, investigadora de la Facultad de Estudios Superiores Acatlán, y gracias al apoyo del Programa de Becas Posdoctorales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

\* Becario posdoctoral en la Facultad de Estudios Superiores Acatlán (FES-Acatlán) - UNAM. varelacableo@gmail.com. ORCID: 0000-0003-2239-9991.

## Introducción

La historia de las misiones jesuitas en la Antigua California se conoce fundamentalmente merced a los testimonios escritos por los propios misioneros, quienes, como resulta natural, ofrecen una visión sesgada acerca de su presencia en la península bajacaliforniana desde 1697 hasta su expulsión, ocurrida en 1768. Esas fuentes no solo procuran enaltecer la tarea evangelizadora desarrollada durante dicho periodo, sino que también traslucen los prejuicios ideológicos, raciales y de otros tipos que tenían los misioneros frente a culturas distintas de las europeas. A pesar de esos prejuicios, se encuentran datos importantes que ocupan un lugar a veces marginal en las crónicas, noticias y correspondencia, que pueden ser de interés para conocer la vida cotidiana en las misiones. Uno de los aspectos de tal cotidianidad que logran vislumbrarse en dichos textos es la existencia de una población cultural y étnicamente diversa.

Desde las primeras cartas del padre Juan María de Salvatierra poco tiempo después de la fundación de Nuestra Señora de Loreto en 1697, resulta factible percibir una multiplicidad de personas provenientes de diferentes geografías que confluyen en el esfuerzo por evangelizar la península bajacaliforniana. Las cartas, así como otros documentos escritos por contemporáneos y sucesores de Salvatierra, dan cuenta de la presencia de individuos y grupos de personas con orígenes distintos del hispano, europeo o californiano, lo que dibuja un panorama variopinto. En él no solamente los misioneros y nativos de la península resultan protagonistas del proceso de construcción del singular régimen jesuítico que se impuso en esas latitudes durante setenta años, sino que también aparecen otros actores. Entre ellos hay personas y colectividades de la etnia yaqui y otros grupos indígenas de la contracosta, además de mulatos y filipinos que fueron agentes de la transformación cultural desarrollada en ese periodo. Otros agentes son los novohispanos y los americanos de distintos orígenes, entre los cuales hay mestizos nacidos o avocindados en lugares como los actuales estados de Sonora y Sinaloa. Tales individuos suelen asociarse con el ejercicio de distintos oficios y actividades, como las labores agrícolas, la construcción de edificios, el empleo de armas, la fabricación y el mantenimiento de embarcaciones.

La percepción de los jesuitas sobre estos habitantes temporales o permanentes de las misiones no siempre suele ser favorable, pues, como explicaremos más adelante, los ignacianos recelaban de la influencia que algunos de ellos pudieran tener sobre los

nativos. Si bien los misioneros consideraban que los habitantes originarios de la península eran culturalmente inferiores, incluso frente a las etnias del centro de la Nueva España, también los concebían inmersos en una especie de estado de pureza que por su aislamiento o ignorancia les habría mantenido a salvo de las malas costumbres propias de los europeos de su época.

El número preciso de estos residentes de la Antigua California no resulta fácil de calcular. Sin embargo, las menciones a su presencia y actividades salpican distintos momentos de la historiografía misionera jesuita, con lo cual puede vislumbrarse la diversidad poblacional y el ambiente multicultural que seguramente caracterizó los enclaves peninsulares. En un acercamiento inicial, el objetivo del presente trabajo es documentar de manera general, a reserva de profundizar posteriormente en otras fuentes, tal diversidad y multiculturalidad.

### Antecedentes

El establecimiento de diecisiete misiones de la Compañía de Jesús en la Antigua California se dio durante un régimen de excepcionalidad, por virtud del cual los padres detentaban tanto la autoridad religiosa como el poder civil y la regulación de la fuerza militar (Del Río, 1998:64-65). La fundamentación jurídica de tal estado de cosas remite a la Real Provisión suscrita por el virrey José Sarmiento y Valladares, conde de Moctezuma, el 5 de febrero de 1697. El documento autorizaba a los padres jesuitas Eusebio Francisco Kino y Juan María de Salvatierra

[...] llevar la gente de armas y soldados que pudieren pagar y municionar a su costa, con cabo de entera satisfacción, experiencia y cristiandad que eligieren, pudiéndole remover siempre que faltare a su obligación, dándome cuenta del que nombraren, para su aprobación, y, en caso de removerle, para expedir las órdenes que tuviere por convenientes en el servicio de Su Majestad (Sarmiento y Valladares, 1697, f. 6).

Del mismo modo, se otorgó a los ignacianos la facultad para nombrar a las personas que administrarían justicia en nombre del rey. Dicho de otra forma, el acuerdo entablado con el gobierno virreinal liberaba a los jesuitas de cualquier autoridad superior a ellos en territorio bajacaliforniano, a cambio de que no usaran recursos provenientes de la Real Hacienda para establecerse en esa región, sino que utilizaran únicamente los que pudieran

“pagar y municionar a su costa”, como se lee en el documento arriba citado. Los jesuitas pugnaron por gozar de esas condiciones administrativas y políticas en sus misiones debido, al menos, a dos inquietudes fundamentales.

La primera de ellas era evitar conflictos entre los nativos de la península y los soldados que acompañarían a los misioneros. El padre Eusebio Francisco Kino participó en varias expediciones a la península por parte del almirante Isidro de Atondo y Antillón entre 1683 y 1685. Durante la primera de ellas, el proceder imprudente del personal militar comandado por Antillón cuando asesinó a un grupo de guaycuras en las inmediaciones de lo que hoy es el puerto de La Paz, puso en riesgo la expedición y obligó a desamparar el sitio: debieron trasladarse hacia el norte hasta establecer un nuevo puesto de avanzada en un lugar cerca de Loreto, denominado San Bruno (Lazcano Sahagún y Gómez Padilla, 2021:98-107). Esa experiencia dejó claro para Kino que, para evitar este tipo de incidentes, la autoridad militar debía estar sometida al control de los misioneros.

Por otro lado, como ya hemos señalado, los jesuitas estaban al tanto de que el contacto de los pescadores de perlas, los soldados y civiles en general con los nativos acarrea la posibilidad de que indujeran a estos últimos a tener vicios como el consumo de alcohol, el gusto por el dinero, la prostitución y una conducta poco sumisa o abiertamente rebelde. En pocas palabras, los misioneros entendían que la convivencia con personas poco instruidas y portadoras de valores cuestionables para ellos era un riesgo inminente de contaminación moral, situación contraria a la intención de salvar las almas de los nativos y adversa a la posibilidad de asentarse pacíficamente en la península.

Por tanto, durante los setenta años de presencia jesuita en la antigua California, los padres lucharon a toda costa en contra de que se establecieran asentamientos civiles y vigilaron, en la medida de lo posible, la conducta de soldados, marineros y artesanos para reducir al mínimo el contacto con los californios. También restringieron el trato con los codiciosos buceadores de perlas, porque los indígenas del norte novohispano solo representaban para ellos una fuerza de trabajo barata y desechable, a la cual no dudaban en recurrir cuando podían. No obstante, es un hecho que los misioneros repararon en que los soldados y otros forasteros constituían un mal necesario, pues había actividades para cuyo desempeño ni los californios ni los propios padres estaban suficientemente instruidos.

En aspectos militares, agrícolas y distintos oficios, como el levantamiento de edificaciones, existe registro de la circulación

de nativos del norte virreinal, sobre todo yaquis provenientes de las misiones lideradas por el padre Kino, quienes llegaban a la península para combatir a los californios rebeldes, fabricar tabiques de adobe y sembrar gramíneas. También se consigna que hubo distintos artesanos, carpinteros y albañiles, sobre todo mestizos, trabajando en la fábrica de iglesias. Los mulatos, llegados en el Galeón de Filipinas o desertores de otras tripulaciones, eran un grupo poblacional muy menospreciado al cual se atribuían conductas perniciosas. En cambio, a los “chinos”, es decir a los filipinos, se les reconocían habilidades de carpintería para fabricar o mantener las embarcaciones y muebles de las iglesias.

Lo cierto es que la coexistencia de esos grupos humanos resultó inevitable y contribuyó a moldear de distintas formas el régimen misional. Su movilidad a lo largo de la península fue constante. Y tras la expulsión de los jesuitas, en 1768, es muy probable que hayan permanecido ahí, amoldándose y sirviendo al nuevo modelo de administración de las misiones, impuesto por el visitador José de Gálvez, representante del gobierno virreinal, y por fray Junípero Serra, padre superior de los franciscanos, encargado de recibir y administrar las propiedades bajacalifornianas que antes fueran de los jesuitas hasta 1773, cuando los dominicos relevaron a la orden seráfica (Crosby, 2002).

### **Multiculturalidad desde la fundación jesuita hasta la expulsión**

Las distintas cartas que escribió Juan María de Salvatierra acerca del primer viaje que lo llevó, en octubre de 1697, a las costas de la Antigua California para fundar la misión de Nuestra Señora de Loreto, en el puerto que hoy lleva dicho nombre, constituyen, por sí mismas, testimonio y síntesis ejemplar de la multiculturalidad que marcó el proyecto ignaciano en esa geografía. En dichas cartas, citadas por Miguel Venegas, se narra que la expedición se realizó con dos embarcaciones de pequeño calado. En la primera nave llegó Salvatierra desde la contracosta del golfo de California junto con un reducido grupo de personas de los más diversos orígenes y nacionalidades:

Don Luis de Tortolero [español], alférez, y primer capitán del Presidio de California: don Esteban Rodríguez Lorenzo, portugués, que después, por largos años, fue capitán: Bartolomé de Robles Figueroa, criollo de la provincia de Guadalajara: Juan Caravana, marinero maltés: Nicolás Márquez, marinero siciliano; y Juan, mulato del Perú. Agregáronse tres indios: Francisco de Tephui, en Sinaloa: Alonso de

Guayavas [*sic* por Guasavas], en Sonora; y Sebastian<sup>2</sup> de Guadalajara (Venegas, 1979:17-18).

También llegaron en esa nave el capitán español Juan Antonio Romero de la Sierpe,<sup>3</sup> quien había participado en la última expedición californiana de Eusebio Kino e Isidro de Atondo y Antillón. En total, los acompañantes del padre Juan María eran tres españoles, un portugués, un maltés, un siciliano, un mulato peruano y tres indígenas (uno de Sonora, uno de Sinaloa y otro más del actual estado de Jalisco). De todos los presentes, solo un término provenía de una misma nación (España) y en conjunto, los once constituían un pequeño ejército multinacional y multicultural cuyos integrantes desempeñaban tareas específicas.

Solo Salvatierra vestía hábito. El resto de sus acompañantes eran civiles sometidos a la autoridad religiosa y destinados a distintas tareas: tres navegantes y por lo menos dos militares. Del mulato y los tres indios apenas contamos con información, pero se puede afirmar, siguiendo la lectura de las cuatro cartas escritas por Salvatierra entre el 26 y el 28 de noviembre de 1697 (León-Portilla, 1997), que resultaban aptos para manejar armas y artillería, colaborar en todo tipo de tareas manuales y muy probablemente estaban adiestrados también en la práctica de la carpintería. En cualquier caso, todos eran gente de confianza para el jesuita. Las dificultades habidas en esa expedición inaugural no daban margen para reclutar improvisados ni desconocidos. Se puede suponer, en consecuencia, que los nativos —el jalisciense, el sonorenses y el sinaloense— provenían de misiones donde el sacerdote había estado previamente y que contaban con experiencia anterior a su lado en retos semejantes al que ahora enfrentaban en Loreto.

Antes de su llegada a la Antigua California, el padre Juan María había desempeñado una larga carrera como misionero, mediante la cual no solo acumuló experiencias y conocimientos para aplicarlos en su fundación peninsular; también conoció personas de diversas razas, lenguas, orígenes y condiciones. Durante sus años formativos en la Nueva España residió y tra-

<sup>2</sup> Este “Sebastian de Guadalajara” es, sin duda, el mismo “mozo muy fiel llamado Sebastián Martín de Verititán [*sic* por Huentitán]”, mencionado por Salvatierra en una carta que dirige al padre provincial Antonio Xardón en 1710. Por ende, se trató, en efecto, de un colaborador indígena muy cercano y leal al misionero (González Rodríguez, 1997:229-262).

<sup>3</sup> Primo del tesorero de Acapulco y benefactor de las misiones californianas, Pedro Gil de la Sierpe.

bajó en la capital, Puebla y Guadalajara. También presidió el Colegio de Novicios de Tepetzotlán, fue visitador en las misiones de la Tarahumara y Sonora. Dentro de una carta dirigida al virrey duque de Linares, Fernando de Alencastre Noroña y Silva, en mayo de 1705, el padre Salvatierra hizo notar el valor de tal aprendizaje, resaltando sus relaciones con distintos grupos humanos: "Yo no entré nuevo en este trabajo; sino envejecido en los trabajos de la Nueva-Vizcaya, y poniendo freno a los alzamientos de esas Naciones, y ayudándome de la buena correspondencia de los españoles, así soldados, como vecinos, y buena amistad con los indios" (Venegas, 1979:156).

Seguramente entre los preparativos para el viaje hacia Loreto decidió cuál sería la conformación del grupo que lo acompañaría, en cuyo caso la diversidad de los integrantes es un dato indicativo de la estrategia jesuita para las misiones: rodearse de personas leales, escogidas y experimentadas, con distintos perfiles y habilidades susceptibles de aprovechamiento. Por otro lado, la proporción de diez a uno entre civiles y religiosos bien pudo ser más o menos constante durante todo el régimen misional en la antigua California. Las razones para ello serían de índole práctica: los jesuitas lideraban sus emplazamientos y estaban suficientemente calificados para capacitar a otros individuos en algunas tareas, pero, al mismo tiempo, necesitaban brazos y mentes dispuestas para realizar actividades que ellos no dominaban.

La variedad étnica, cultural y de oficios que se registró en el viaje inaugural de Salvatierra hacia Loreto no parece que haya sido excepcional, sino una constante durante los años de la evangelización jesuita. Como testimonio de la última etapa de la estancia de los religiosos, hay dibujos de la autoría del sacerdote bohemio Ignaz Tirš, quien desde 1763 hasta la expulsión de la orden fue responsable de las misiones de Santiago y San José del Cabo en el sur peninsular (González Rodríguez, 2015). La mayoría de estas ilustraciones, elaboradas en una fecha desconocida, durante el destierro europeo de Tirš, representan el paisaje y entorno de la antigua California, y dejan ver la forma en que este sacerdote percibía la vida cotidiana en sus dos misiones.



FIGURA 1. Ignac Tirš, lámina 8, San José del Cabo, la otra misión de San José, al pie del promontorio de San Lucas en California, la cual también casi he terminado de construir. Aquí se representa la llegada del galeón de Filipinas que ahí se provee de bastimentos. Imagen tomada de González Rodríguez, 2015:57.

Por ejemplo, la lámina denominada *San José del Cabo, la otra misión de San José, al pie del promontorio de San Lucas en California, la cual también casi he terminado de construir*. Aquí se representa la llegada del galeón de Filipinas que ahí se provee de bastimentos (figura 1) muestra un conjunto de pobladores de la misión más austral. Se observa poco más de una veintena de personas, entre las cuales hay mujeres, niños y hombres. Pueden reconocerse las siluetas de dos jesuitas y otros tantos soldados, montando todos a caballo y cruzando un pequeño puente. También hay un nativo semi-desnudo encaminándose al huerto. Además, dos jóvenes, una pareja, mujeres lavando ropa, una dama y su esclavo — quien sostiene una sombrilla —, niños con un adulto y un grupo a lo lejos, compuesto por civiles que reciben a los marineros del Galeón de Filipinas.

En cambio, en la lámina denominada *La misión de Santiago, en California, que casi he terminado* (figura 2) se aprecia una dama a caballo, múltiples operarios en ropa de trabajo (montados y haciendo suertes con dos toros o vacas cerca de la cocina) y tres niñas con amplios vestidos, seguramente en compañía de su maestra. Por último, la lámina titulada *Rancho de mi misión de Santiago a tres millas en el camino a San José del Cabo* (González Rodríguez,



FIGURA 2. Ignac Tirš, lámina 9, La misión de Santiago, en California, que casi he terminado. Ilustración tomada de González Rodríguez, 2015:59.

2015:53) muestra tres individuos masculinos, seguramente soldados o vaqueros, resguardando unos cuantos ejemplares de ganado vacuno y caprino. También se observan mulas o caballos. Las bestias aparecen en parejas y da la impresión de que mostrando solo dos ejemplares de cada especie se pretende ilustrar la pluralidad existente y no expresar fidedignamente la cantidad de animales habidos. Tal criterio, cualitativo más que cuantitativo, posiblemente se extrapoló a la representación de las personas.

Lo importante, en todo caso, es subrayar que Tirš se esforzó por hacer visibles las diferencias en los tonos de piel y tipos de vestimenta de los distintos pobladores de ambas misiones. (Probablemente el rancho servía a ambas). También se ilustran las diferentes actividades a las que se dedicaba cada uno de los individuos. Esta multiplicidad de tipos en la población de las misiones, donde los sacerdotes y neófitos aparentemente representan tan solo una porción menor de la totalidad de sus habitantes, encuentra un correlato descriptivo, de forma muy escueta pero reveladora, en las crónicas, noticias y cartas de los jesuitas: fuentes que exploramos a continuación para registrar distintos grupos humanos.

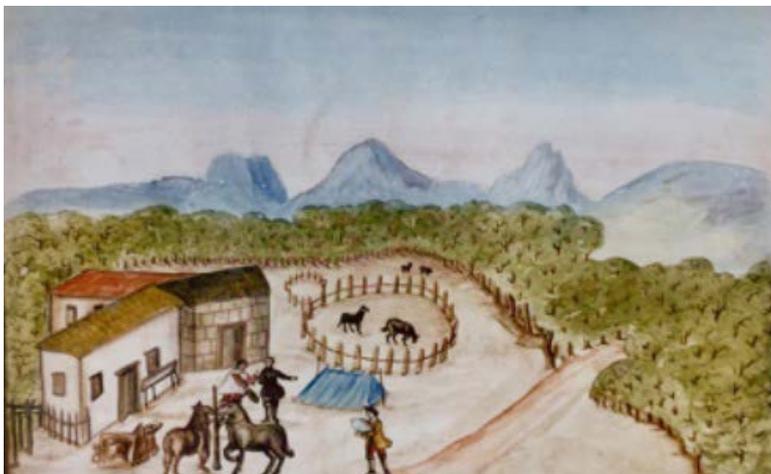


FIGURA 3. Ignac Tirš, lámina 6, Rancho de mi misión de Santiago a tres millas en el camino a San José del Cabo. Imagen tomada de González Rodríguez, 2015:53.

### Los yaquis y otros nativos

Después de la expedición de Salvatierra en 1697, aunque no existe una descripción puntual acerca de los acompañantes de los jesuitas que arribaron desde el continente, los documentos de los misioneros dan testimonio, en diferentes momentos, de la presencia de nativos provenientes de otras regiones del territorio novohispano. Un año más tarde de la fundación de Loreto, en el verano de 1698, cuando los primeros jesuitas y sus acompañantes desarrollaban exploraciones a lo largo de la sierra La Giganta, el mismo padre Juan María hace un recuento de los colonizadores de la antigua California que se hallaban en su territorio, diciendo: “nos hallamos en tierra [californiana] con veinte y dos españoles y algunos indios de la otra banda” (Del Río, 1998:155).

El padre Francisco María Pícolo, quien desembarcó en la península poco tiempo después del viaje fundacional de Salvatierra, encabezó varias exploraciones del territorio. Usó como guía un mapa elaborado por Eusebio Francisco Kino a partir de la información que había recabado durante los viajes realizados en compañía de Atondo, entre 1683 y 1685. En las exploraciones encabezadas por Pícolo, los jesuitas hallaron nuevas poblaciones de californios. A tales nativos no solo les provocó curiosidad

la presencia y vestimenta de los misioneros y sus acompañantes españoles, sino también el aspecto de los representantes de los grupos indígenas venidos del otro lado del golfo de California. En una carta de Pícolo dirigida al padre Juan María de Salvatierra, escrita mientras el primero de estos misioneros atravesaba la Sierra La Giganta para fundar la misión de San Javier, se refiere que los habitantes cochimíes de esta región “se admiraban de los caballos, otros de las cabras y perros, otros de los indios yaquis que iban con sus capiruzas” (Pícolo, 1962:149).

Testimonios posteriores confirman el papel protagónico que desempeñaron los yaquis, cuyos líderes eran seguramente allegados al padre Eusebio Francisco Kino. Acompañaron a los misioneros cuando exploraban el territorio bajacaliforniano. En 1706, cuarenta indios de esa etnia pasaron a la península para participar en una expedición hacia el sur de la sierra y el litoral, quizá con la intención de preparar el terreno para establecer las misiones que habrían de fundarse en torno a 1720. Entre ellas están los emplazamientos de Nuestra Señora de Guadalupe y Nuestra Señora del Pilar de La Paz. En dicha ocasión los neófitos de la contracosta no siempre se vieron en la necesidad de servir como soldados para la defensa de los misioneros, combatiendo a los nativos peninsulares hostiles. Pero en ciertos momentos estos yaquis se integraron activamente a la disuasión de las rebeliones locales, colaborando con soldados de Loreto y un número indefinido de californios bautizados, entrenados y reclutados para las filas del pequeño ejército colonizador. La información sobre esta circunstancia proviene del padre Miguel Venegas:

[...] acabó el padre Juan Ugarte de dar las disposiciones para la entrada a registrar la costa del sur. El capitán de la nación yaqui, a quien el padre pidió para la empresa cuarenta indios guerreros de su satisfacción, no se contentó con enviarlos; sino se embarcó también y vino con ellos. El capitán del presidio de Loreto se previno para la expedición con doce soldados y algunos indios amigos. Dispúsiéronse las bestias, y vituallas para la jornada; y con toda esta gente, repartida en tres tropas con buen orden, salieron de Loreto el p. Juan de Ugarte y el hermano [Jaime] Bravo en 16 de noviembre de 1706. A la misión de San Xavier y al pueblo de visita [de] Santa Rosalía, de donde llegaron a un arroyo que llamaron San Andrés, porque sobre él se dijo la misa el día del santo apóstol. Hallaron en el camino muchos indios de paz; pero cerca del mar se pusieron en armas más de doscientos indios de la nación guaycura, antigua enemiga, y ofendida de los españoles, que hubieron de caminar ordenados y prevenidos. Registróse la costa por algunas leguas al sur, y solo se hallaron muchos esteros con varias rancherías, que se sustentaban

de la pesca, pero sin más agua dulce en la costa, que los pequeños pocitos abiertos por los indios para beber. Volvieron hacia el norte y caminaron algunos días con grande escasez de agua, reconociendo ser toda la costa del mismo modo (Venegas, 1979:196-197).

Los yaquis, según esta fuente, eran muy valorados como soldados, pero asimismo tenían otras habilidades de gran interés para los misioneros, como su resistencia física, capacidad para recorrer y explorar el áspero terreno peninsular. El citado Venegas refiere que durante diciembre de 1706 el hermano de Juan de Ugarte, Pedro, estaba oficiando misa en Loreto y cantando las letanías, cuando “antes de acabarlas, gritó un indio yaqui en su lengua: *agua, agua, agua*” (Venegas, 1979:198), avisando de esta manera el hallazgo de alguna poza o manantial. Se dice que esos mismos yaquis realizaban labores de apoyo a la agricultura, pues cuando Juan de Ugarte descubrió lugares propicios para establecer nuevas misiones: “Envió para la misión, esto es a su casa, por hachas, azadones y otros instrumentos para desmontar, arrancar piedras, abrir zanjas, y disponer la tierra para sembrar. Y como los yaquis estaban hechos al trabajo, dirigidos por el padre Ugarte, y con su ejemplo, en poco tiempo hicieron mucho, y levantada una presa en el arroyo para encaminar el agua a la zanja prevenida, se comenzó desde luego a establecer allí una siembra” (Del Barco, 1973:257).

Todo indica que la presencia de nativos de otras regiones del virreinato en las misiones de la Antigua California no era permanente, sino que obedecía a solicitudes específicas de los misioneros con un carácter temporal determinado por las actividades que se necesitaba realizar. El cronista ignaciano Miguel del Barco sugiere que los nativos de la contracosta recibían algún tipo de retribución por las actividades de auxilio que desarrollaban en beneficio de los emplazamientos peninsulares, pues una vez establecida una nueva misión en la sierra La Giganta: “Vencida [por Ugarte y sus acompañantes] la mayor dificultad, despachó [a] los yaquis pagados y contentos a su tierra: y el padre prosiguió después con los suyos [neófitos californios] en disponer más tierras y aumentar la sementera, según lo que el agua alcanzaba a regar” (Del Barco, 1973:258). El mismo Juan de Ugarte, en 1721, realizó otra expedición, de carácter marítimo, para explorar el litoral del golfo de California. En esa ocasión utilizó dos embarcaciones y se hizo acompañar por una pequeña armada multinacional cuya composición no deja de recordar al grupo que había acompañado a Juan María de Salvatierra en su viaje inaugural hacia Loreto en 1697:

[...] seis eran Europeos: dos de estos habían pasado el Estrecho de Magallanes; y otro, sobre haber navegado el Mar Atlántico, había hecho la carrera de Philipinas, y sido llevado prisionero a Batavia [Indonesia], cuando fue apresada la Nao de Philipinas en el Cabo de San Lucas; y otro había hecho varios viajes a Terra-Nova. Los demás eran indios de la tierra. El piloto, hombre de inteligencia, y experiencia, se llamaba Guillermo Estrafort. En el esquiife *Santa Bárbara* iban ocho personas, dos chinos, o philipinos (que es lo mismo en el común lenguaje de Nueva-España), un indio yaqui, y cinco californios, que son en todo veinte y nueve personas (Venegas, 1979:344).

En esa expedición se utilizó una balandra nombrada *El Triunfo de la Cruz*, cuya construcción coordinó el mismo padre Juan Ugarte. En su fabricación participaron indios californios, así como tres oficiales carpinteros llegados desde la contracosta (Del Río, 1998:149). Sin embargo, en el contexto de la rebelión que iniciaron los pericúes en 1734, hubo la mayor urgencia para contar con yaquis en las misiones de la Antigua California. Durante la cual destruyeron diversas iglesias del sur peninsular y perdieron la vida los padres Lorenzo Carranco, de la misión de Santiago, y Nicolás Tamaral, responsable de la de San José del Cabo. Una vez que comenzaron estas hostilidades y habiendo sido asesinados los padres que se mencionan, el sacerdote Clemente Guillén, quien fungía como superior de las misiones californianas, se apresuró a solicitar a sus hermanos sonorenses “que prontamente se enviasen sesenta indios guerreros, y alguna gente de razón con armas de fuego” (Venegas, 1979:483).

Llegados a California esos yaquis y “gente de razón”, su primera tarea fue confederarse con californios fieles y soldados de Loreto para rescatar ornamentos y alhajas sagradas de algunas misiones que los padres, en su huida, habían abandonado:

Así lo hicieron [californios armados por los yaquis y acompañados por ellos], cargando en hombros las cruces de todas las misiones de *San Ignacio, Nuestra Señora de Guadalupe y Santa Rosalía*; y entrando en el presidio en ordenada procesión con ellas a cuestras, se querellaron amorosamente con los padres [para que no los abandonaran] (Venegas, 1979:484).

Después, el improvisado ejército se dirigió a la misión de Nuestra Señora de los Dolores, en el sur, y a prudente distancia tanto de Nuestra Señora del Pilar de La Paz como de Santa Rosa de las Palmas — ya no se diga de las arrasadas misiones de Santiago y San José del Cabo — se decidió establecer una base

de operaciones, pasando otro grupo a La Paz “teniendo comunicación para socorros y víveres por mar, y haciendo desde allí entradas al sur” (Venegas, 1979:486). Es muy probable que un número considerable de los integrantes del mencionado batallón yaqui, compuesto, según algunas fuentes, por cien guerreros (Del Río, 1998:159), haya permanecido en la península después de las refriegas contra los californios rebeldes y se hubiera incorporado en otras tareas de apoyo a los misioneros, si bien se dice que una parte de ellos “estaba ansiando por el retorno a su tierra” (Taraval, 2017:156).

La participación de indios amigos en el combate a poblaciones hostiles tenía sus orígenes en una práctica implementada por Juan María de Salvatierra desde antes de llegar a la California, cuando era visitador de la Tarahumara y Sonora. En una de sus ya citadas cartas de noviembre de 1697, la que dirige al padre Juan de Ugarte, escribe sobre un levantamiento indígena que le había tocado sofocar poco antes de dirigirse a la península, cuando “estuvieron nuestros hijos serranos tan constantes en la fe que viéndose amenazados de los apóstatas, si no seguían su bando, salieron para la tierra del enemigo setecientos flecheros [...] y les mataron muchísima gente” (León-Portilla, 1997:94).

A lo largo de sus primeros meses en Loreto Salvatierra enfrentó el asedio recurrente de californios interesados en despojar a la expedición de sus bastimentos. El misionero señala que había con él nativos provenientes de la contracosta, quienes se habían incorporado a la expedición con posterioridad al desembarco fundacional para fortalecer al grupo colonizador, coordinándose con su jefe militar en funciones. En la descripción de uno de estos episodios bélicos iniciales, dice el padre Juan María que “admitió el capitán don Luis [de Tortolero] la oferta de dos soldados de ir acompañando a dieciocho indios flecheros que se ofrecieron ir tras el rastro [de los agresores]” (León-Portilla, 1997:120).

La convivencia de los californios con los yaquis y seguramente otros nativos del noroeste novohispano fue, por lo visto, cotidiana, y fomentó una composición pluriétnica en las misiones jesuitas, incluidas las más norteñas. Al respecto, el padre Miguel Venegas informa que el misionero Juan Bautista Luyando, fundador y responsable de la misión de San Ignacio Kadakaamán alrededor de 1728, se hacía acompañar por un soldado (seguramente español o novohispano, llegado de la contracosta), un “ladino criado en Loreto” y “uno del país, bautizado el día antecedente” (Venegas, 1979:395). Aparte de guerrear entre sí, resulta de interés preguntarse cuáles habrán sido otro tipo de

interacciones entre nativos de la península e indígenas de distinta procedencia. No se puede descartar que hayan configurado parejas ni tenida descendencia y resulta obvio que se las arreglarían para comunicarse entre sí, aprendiendo la lengua del otro.

Por otra parte, surge la pregunta acerca de cómo reaccionaron los nativos de la contracosta frente a usos y costumbres de los californios, y viceversa. Además, aparecen interrogantes respecto a la actitud que asumieron los misioneros ante la circunstancia de que los nativos locales aprendieran técnicas de guerra y el manejo de las armas por parte de los indios foráneos. Este aprendizaje, por lo visto, no inquietaba del todo a los jesuitas, ya que fortalecía las capacidades bélicas de los neófitos. Pero resulta lógico pensar que los padres tuvieron algunas precauciones para evitar que tal tipo de entrenamiento militar llegara a californios enemigos de los jesuitas; no obstante, no tenemos mayor información al respecto.

### **“Chinos” y mulatos**

Como hemos visto, la diversidad poblacional se mantuvo durante todo el periodo de la estancia jesuita en la Antigua California. Aunque no conocemos con precisión los flujos migratorios que se fueron desarrollando hacia las misiones a partir de 1697, todo indica que el número de habitantes foráneos fue aumentando con rapidez conforme se establecían y consolidaban nuevos emplazamientos. El citado cronista Miguel Venegas señala que, en 1700, cuando apenas se habían fundado unas cuantas misiones en la zona central de la península, “había ya en la California sesenta personas, entre españoles, mestizos, e indios de la Nueva-España” (Venegas, 1979:56). Por su parte, el también citado Francisco María Pícolo, en 1702, da a conocer que, en la misión de Loreto, tras su viaje hacia la capital novohispana “dejé también en compañía del padre Rector Juan María diez y ocho soldados con sus cabos; de estos son dos casados y tienen allá a sus mujeres y hijos. Dejé más ocho personas, que son chinos y negros de servicio”. Junto a tales personas estaban veinticuatro marineros que asimismo residían en el puerto lauretano y se dedicaban principalmente a atender los barcos que daban servicio a las misiones (Pícolo, 1962:57).

Evidentemente, las actividades cotidianas de esa población eran diversas e importantes para la vida de los emplazamientos, lo cual involucraba numerosas personas en funciones que no recibían tanta atención como las evangelizadoras o militares, pero que

sin duda resultaban igualmente esenciales. Sabemos, por ejemplo, que poco antes de 1761, el hermano coadjutor Juan Bautista Mugazábal, debido a su avanzada edad, fue enviado a Loreto, donde tenía a su cargo, entre otras responsabilidades, “correr inmediatamente con el pago de los soldados, marineros y otros oficiales para los barcos [así] como herreros, carpinteros y calafates” (Del Barco, 1973:294).

Al parecer, los forasteros que mejor se desempeñaban en tareas demandantes de habilidades manuales eran los llamados “chinos”, que en realidad eran originarios de las islas Filipinas. Miguel del Barco señala que en la misión sureña de Santiago, el padre Antonio Tempis, llegado ahí en 1736, tenía “un sirviente filipino (a los cuales en la California, como en México y en toda la Nueva España, llaman chinos), hombre de buenas costumbres, de buen natural, de mucha razón y no poca industria para cualquiera mecánica, cuyo nombre era N. Carrera” (Del Barco, 1973:316). En 1721 el padre Juan de Ugarte comenta que otro misionero, el sacerdote Jaime Bravo, responsable de la misión de Nuestra Señora del Pilar de La Paz, vivía en compañía de “dos chinos y un mozo sirviente, con cinco indios amigos de Loreto” (Del Río, 1998:107).

Resulta difícil conocer la composición étnica o siquiera el número aproximado de artesanos asentados en California. El padre Juan Jacobo Baegert, misionero en San Luis Gonzaga y quien, en el exilio, después de la expulsión, escribió un largo documento donde examina su experiencia peninsular durante diecisiete años, deja ver que además de una población permanente dedicada a labores de mantenimiento de las embarcaciones, la circulación de distintos operarios entre las misiones era constante:

Además de los soldados y pocos marineros, vivían en California y tenían su domicilio en Loreto, uno o dos medio-ebanistas y medio-carpinteros, así como otros tantos herreros. De vez en cuando vagaba por el país otro carpintero independiente que trataba de ganarse algo en las misiones, si había bastante madera. Este llevaba tan poca herramienta de fierro que la podía cargar en la bolsa de sus pantalones. Fuera de estos artesanos no había otros en California, sino que, por lo general, cada quien era su propio zapatero, su sastre, su albañil, su talabartero, su molinero, su panadero, su barbero, su boticario y su médico; hasta la fecha, nadie ha pensado en hacer venir a California a peluqueros, cartólogos, sastres de moda, dulceros, pasteleros o cocineros de París, merceros, cafeteros, saltimbanquis o comediantes. Y en verdad, mientras exista California, toda

esta gente siempre llegará prematuramente. ¡De cuántas cosas puede uno prescindir! dijo el filósofo (Baegert, 2013:191).

Lo mismo que con los yaquis, surgen preguntas acerca de la interacción entre californios y filipinos, así como respecto a la transmisión de técnicas, conocimientos y habilidades de unos a otros. La presencia de marineros y artesanos orientales probablemente no solo contribuyó al desarrollo de tareas de carácter manual como las de “herreros, carpinteros y calafates” mencionadas líneas arriba, sino que posibilitó la capacitación de los neófitos locales para la práctica de dichas actividades. Es un hecho que los nativos locales tuvieron un importante aprendizaje de diferentes oficios, pues después de la expulsión de los jesuitas, durante las expediciones organizadas por el fraile franciscano Junípero Serra y el visitador José de Gálvez a la Alta California, un número indeterminado de ellos acompañó a los expedicionarios, en virtud de que los nuevos administradores de la península los consideraban experimentados obreros y artesanos (Haas, 2013:51).

En contraste con el aprecio del cual gozaban los “chinos” o filipinos, el grupo étnico que más desprecio y preocupación provocaba entre los misioneros eran los mulatos. Por principio, queda muy claro que los misioneros no trasladaban a la península a esas personas, sino que eran desertores de distintos barcos que tocaban o se aproximaban a costas de la Antigua California y permanecían ahí con pocas oportunidades para integrarse al entorno misional. El padre Miguel Venegas afirma que los mulatos y mestizos “dejados en aquellas costas por los navíos extranjeros, de corsarios, y de piratas, que tocaron en ellas [eran] la levadura que corrompía la sencillez de aquellos indios, fáciles por sí mismos a ser llevados a todo lo malo” (Venegas, 1979:445). De hecho, se atribuye a dos mulatos, llamados Botón y Chicori, haber fraguado el ataque inicial contra las misiones sureñas donde se desataron las rebeliones pericúes de 1734, conflicto que estuvo a punto de causar el naufragio del proyecto evangelizador:

De esta rebelión hubo algunos amagos el mismo año de 1733 y principios de 1734 en las dos misiones de *Santiago* y de *San Joseph*. El Gobernador indio de *Santiago*, llamado *Botón* por los indios, elegido para este cargo por mayor capacidad, y su sangre mezclada de mulato, y de indio, y por obligarle más a ser bueno, volvió a sus desórdenes [sexuales] antiguos [es decir, la poligamia] y no enmendándose con los avisos secretos, fue forzoso reprehenderle, y afearle sus delitos en público. Reincidió sin embargo más sueltamente, y el padre [Lorenzo] Carranco se vio obligado a deponerle, y castigarle

en público. Lejos de humillarse, quedó extrañamente ofendido, y tentó por varios medios sublevar a los nuevos cristianos, para quitar la vida al padre (Venegas, 1979:445).

[...]

Era cabeza de una de estas [rancherías cercanas a San José del Cabo] un mulato, llamado *Chicori*, que vivía envuelto en sucia carnalidad con mucho número de mujeres [...]. Finalmente tentó el bendito padre [Nicolás Tamaral] todos los caminos que supo, para atraer aquel corazón rebelde a la Fe, mas nada logró: el gentil quedó más duro con esta visita, y ofendido de un lado con la reprensión; y temeroso por otro, de que algún día se le quitasen otras mujeres, resolvió matar al padre, si pudiese, y alzar la nación contra todos los misioneros (Venegas, 1979:447).

Aunque escapa a nuestras posibilidades e intereses actuales esclarecer los prejuicios que había respecto a las diferentes etnias y orígenes de los habitantes forasteros de California, hay que notar que además de los mulatos se habla de un número impreciso de “negros”, a quienes aparentemente se trataba con la misma confianza que a los filipinos o “chinos”. Por otro lado, es un hecho que la variedad de orígenes, etnias y culturas no se reducía a lo hasta aquí consignado, pues es muy probable que hubiera mestizaje entre los naturales y marineros del Galeón de Filipinas, pescadores de perlas y piratas, entre otros grupos. Como muestra de lo anterior, el padre Ignacio María Nápoli dice haber visto en el sur de la península sujetos altos, “gordos y muy blancos y bermejos” (Del Río, 1998:165).

## Conclusiones

La vida en las misiones de la Antigua California entre 1697 y 1768 fue mucho más compleja de lo que podría pensarse en virtud de la interacción entre nativos y misioneros. Una de las características de esa complejidad reside en la heterogeneidad de la composición poblacional y cultural de los residentes de las misiones. En estos lugares no solamente había misioneros, neófitos y soldados, sino también otros grupos humanos de distinta procedencia, como, por ejemplo: yaquis, nativos de otras regiones del virreinato, filipinos y mulatos. Ponderar la abundancia de tales grupos humanos, así como su efecto en la configuración del noroeste novohispano, resulta clave para entender la diversidad y riqueza cultural de esa zona de México desde el pasado hasta la actualidad.

Seguramente el examen detallado de los libros de bautismos, casamientos y defunciones de cada misión y la exploración a fondo de otras fuentes podrá arrojar mayores luces en torno a la diversidad poblacional y las interacciones entre los distintos grupos humanos presentes en el entorno misional. De esta manera estaremos en condiciones de vislumbrar las verdaderas circunstancias de la vida cotidiana en esos enclaves, desarrollando con mucha probabilidad una visión de la Antigua California como una región sumamente dinámica, inmersa en incesantes procesos de circulación de personas y con importantes vínculos tanto con el resto de la Nueva España como con otras zonas del mundo.

## Referencias

Baegert, Juan Jacobo

2013 [1771] *Noticias de la península americana de California*. Segunda edición en español. Traducción de Paul Kirchhoff. Archivo Histórico Pablo L. Martínez, La Paz, Baja California.

Crosby, Harry

2002 *The Gateway to Alta California: The Expedition to San Diego, 1769*. Sunbelt Cultural Heritage Books, San Diego, California.

Del Barco, Miguel

1973 [c. 1770] *Historia y crónica de la Antigua California*, edición, estudio preliminar, notas y apéndices de Miguel León-Portilla. Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México.

Del Río Chávez, Ignacio

1998 *Conquista y aculturación en la California jesuítica, 1697-1768*. Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México.

González Rodríguez, Luis

1997 Juan María de Salvatierra y los seris, 1709-1710. *Estudios de Historia Novohispana*, (17):229-262.

González Rodríguez, Luis y María del Carmen Anzures Bolañes

2015 *Ignac Tírš S. I. (Pinturas de la Antigua California y de México). Códice Klementinum de Praga*. Universidad Nacional Autó-

noma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, Instituto de Investigaciones Históricas, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Ciudad de México.

Haas, Lisbeth

2013 *Saints and Citizens. Indigenous Histories of Colonial Missions and Mexican California*. University of California Press, Oakland, California.

Lazcano Sahagún, Carlos y Gilberto Gómez Padilla

2021 *Kino en California. Textos, cartografías y testimonios. 1683-1711*. ITESO Universidad Jesuita de Guadalajara, Guadalajara, Jalisco.

León-Portilla, Miguel

1997 *Loreto, capital de las Californias. Las cartas fundacionales de Juan María de Salvatierra*. Centro Cultural Tijuana, Ciudad de México.

Píccolo, Francisco María

1962 [1702] *Informe del estado de la Nueva Cristiandad de California*. José Porrúa Turanzas, Madrid, España.

Sarmiento y Valladares, José

1697 *6 de febrero 1697. Lisensia de la Conquista de las Californias otorgada por el Virrey Don Joseph Sarmiento Valladares a los padres Juan Maria de Salvatierra y Eusebio Kino*. Galli e Thierry, Milán, Italia.

Taraval, Segismundo

2017 [1737] *La rebelión de los californios*, versión paleográfica, introducción y notas de Eligio Moisés Coronado. Gobierno de Baja California Sur, La Paz, Baja California.

Venegas, Miguel

1979 [1757] *Noticia de la California y de su conquista temporal y espiritual, sacada de la historia manuscrita, formada en México año de 1739, por el padre Miguel Venegas, de la Compañía de Jesús...* En *Obras californianas del padre Miguel Venegas*, tomo II. Universidad Autónoma de Baja California Sur, La Paz, Baja California.